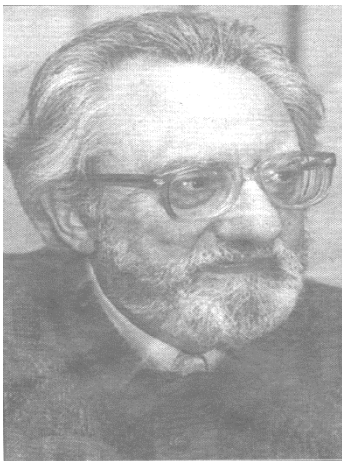


# La de soñar

Tengo muchas y gratificantes aficiones para las horas en que no estoy a la mesa del escritorio. (Una vez dije que "a mí no me gusta escribir, lo que me gusta es haber escrito", y hubo colega que me lo reprochó, sin compartir que lo mejor de nuestro oficio es el momento de grapar las hojas ya puestas en limpio). Lo que me gusta mucho es montar a caballo. Viene el mozo, me acerca el caballo y al trotar (galopar, incluso) por los campos de mi país me siento reconfortado y olvidadizo de las miserias de este mundo. El baño en las largas playas, ésta es también una ocupación que me descansa.



Pero como los hombres de tierra adentro no siempre podemos acercarnos a ese lujo infinito, soy amigo de otra inmensidad, la nieve de León, donde practico el esquí y el vértigo descendente me emociona, que si por mí fuera me pasaría lo más de la vida en esta blancura. Otra cosa que me distrae (sin contar la cría de animales domésticos, la encuadernación y el "bricolaje") es la música, pero en plan activo, no hay nada comparable a tocar Chopin o Liszt...

Lástima que yo no tenga un caballo ni tierras por donde correrlo, ¡y el desencanto de no haber conseguido aprender a nadar!, dolor de que en el solfeo no hayan pasado mis ojos más allá de las diez primeras lecciones de don Hilarión Eslava.

Vergüenza de mi torpeza en el cambio de la cinta de la Olivetti. Así de pobre en las aficiones, que no tengo otra que la de soñar. Un poco como el gran poeta brasileño Manuel Bandeira (sin querer compararme), que en su Pasárgada ideal inventaba cucañas divertidas, baños de mar, bicicletas y gimnasia. Todo lo que Bandeira no pudo o no supo hacer en la vida.

ANTONIO PEREIRA